



frente a sí problemas tan propios y tan hondos como el de realizar los mestizajes, poblar debidamente su enorme territorio, hacerlo habitable luchando con los demonios de la selva y el desierto, resolver sus problemas sociales, absolutamente diversos que los europeos.

El hombre americano tiene frente a sí una Naturaleza absorbente y poderosa, que da sello hasta al europeo que cae en su seno; el oriental teme a su naturaleza, el europeo la domina, el americano la adora; ese amor hace al americano por esencia aventurero, en el noble sentido de esa palabra; le da audacia junto a los problemas de la vida social organizada, porque fía en el rescate siempre abierto de su ambiente; por eso mismo falta madurez cívica y sobra inquietud; es el aire, la selva, el desierto; tal parece que el hijo del Nuevo Mundo tiene siempre listo bajo sus piernas el corcel pronto a partir... Dejad sólo a un oriental en sus campos y fácilmente lo invadirá el temor a los hados terribles, el seísmo, la inundación, el fuego; dejad a un europeo aislado en loss ujos y se entorpecerá su espíritu cultivado; dejad a un americano en sus selvas o pampas, en sus cordilleras y ríos, y fincará algo, bueno o malo; pero sentirá propio ambiente.

Todo eso hace real y no metafórica la afirmación, por nosotros tan repetida, de que América es la juventud del Mundo y por ende la sede principal de su porvenir, y dentro de ella, un nuevo avatar hispánico puede realizarse, si sabemos entrelazar nuestras concepciones y nuestras fuerzas espirituales y materiales.

Aunque toda clasificación es una mera operación de orden, por lo mismo arbitraria, podemos decir que los problemas americanos actuales pueden clasificarse así: Primero, el geográfico y económico, que nos solidariza dentro de todo el Continente, sin que valga cerrar los ojos ante realidad tamaña, ya que la relación entre ambas Américas es más sustancial y más fatal que la existente entre los mismos países europeos. Segundo, el interfamiliar, que une a nuestros pueblos hermanos y que, aun cuando parezca increíble, no se ha acabado de resolver en siglo y cuarto de vida independiente, pues sin cesar surgen conflictos y no se llega nunca a la fórmula bolivariana de nuestra superfederación. Tercero, y relacionado con los anteriores, tenemos el vivísimo problema de nuestra comunión con Europa, comunión que vemos a manera de vigilante centinela de nuestra autonomía moral y propia tipicidad, que resulta hasta prenda de dignidad para nuestros pueblos.

Alrededor de esos tres grandes tópicos deseamos ir desarrollando en esta sección acontecimientos, pensamientos y propósitos americanos y los correlativos españoles, siempre con el ánimo de que España nos vea, nos conozca, nos aprecie y, si es preciso, nos disculpe alguna vez, ya que para juzgar hay que ponerse en el lugar del juzgado, y nunca olvidar que a los pueblos se les tiene que go-

bernar dentro de las circunstancias y con eficiencia, sin que sea dable hacerlo dentro de nuestras pasiones tan sólo y en pos de anhelos teóricos absolutos, pues el realismo fija el primer deber del gobernante, mientras no hiera de lleno el sustancial honor nacional, que esto sobre todo.

Hoy, y a manera de abismo que espanta y atrae al propio tiempo, todo se relaciona con la guerra, y para América ella tiene aspectos muy esenciales, ya que al mismo tiempo que lógicamente cierra y afirma su unión continental, ha de despertar su acucioso cuidado de no debilitar en modo alguno la comunión con Europa, cuyos asideros y entrepuentes se llaman España y Portugal. Por eso, hoy más que nunca, mejor que nunca, con mayor oportunidad que en otrora cualquiera, es deber de españoles e hispanolusoamericanos mantener vivo y despierto nuestro contacto y mutuo conocimiento. Es lo que vamos a pretender en esta sección de VERTICE.

con los hispanoamericanos. Todas las fracciones de la Humanidad tienen sus edades antigua, media o de gravidez y moderna o contemporánea; América creyó poder salvar su Edad Media con dar el tirón de las guerras civiles de independencia y copiar instituciones; la realidad la volvió a su sitio; ella le trajo sus señores feudales, sus mesnadas, sus condotieros, y para que acabara la coincidencia le fijó un río, que, como el Rhin, corre murmurando peligros y sirve de límite a espíritus diversos. Vivimos, en fin, nuestra edad media con ferrocarriles y electricidad; pero siempre jornada de gestación. Bolívar, que es a nuestra vida lo que el Quijote en su simbolismo idealista, siempre nos da temas eternos, y uno fué aquel de que lo peor que podíamos hacer era imitar ciegamente a Europa; meridiano inicial de nuestra cultura, génesis original de nuestra conciencia civilizada, sí; pero pauta textual, y ahora mucho menos, no puede serlo Europa para América. América tiene